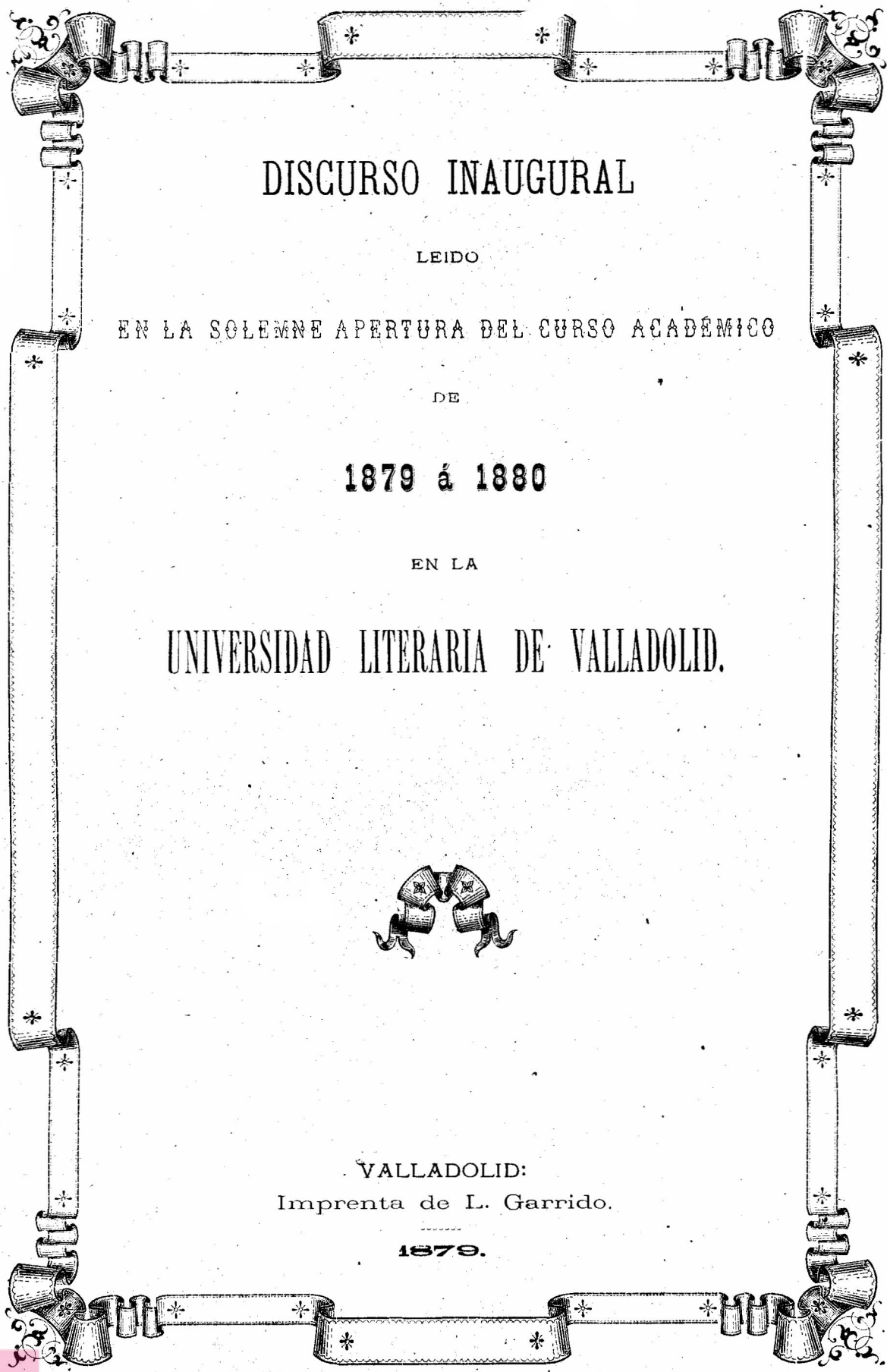


1879-80

1879-80

92



DISCURSO INAUGURAL

LEIDO

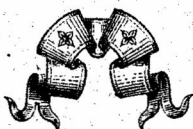
EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1879 á 1880

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID.



VALLADOLID:
Imprenta de L. Garrido.

1879.



Valladolid

Disc. Apert. UVA879/80



5>0 0 0 0 4 4 9 2 8 6

BiCe

DISCURSO INAUGURAL

LEIDO

EN LA SOLEMNE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE

1879 á 1880

EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE VALLADOLID,

POR

EL DOCTOR DON GABRIEL LOPEZ PEREDA,

Catedrático de la Facultad de Medicina.



VALLADOLID:

Imprenta de L. Garrido.

1879.

Ilmo. Sr.:

Dos sentimientos embargan mi ánimo en los momentos actuales, el uno es la noble pasión del orgullo de que me siento poseído al considerar la honra tan señalada, como inmerecida que se me dispensa confiándome el discurso inaugural del curso académico; es el otro el conocimiento íntimo de mi propia debilidad que me hace impotente para desempeñar mi cometido con aquel acierto, que la solemnidad del acto, el respetable claustro y la ilustración del escogido público que me escucha hacen necesario: así que, ante obstáculos tan poderosos no hubiera vacilado un momento en declinar una misión tan honorífica, sino lo impidiese el cumplimiento de un deber reglamentario al cual me incumbe dar cumplida satisfacción.

Árdua empresa, para mí ha sido, sobre las dificultades suscitadas por mi falta de verdadera ilustración, de la carencia de estilo, la elección de un tema que llene todas las condiciones que debe reunir un trabajo de la índole y carácter que han de determinar el discurso de apertura de un curso académico, durante el cual la ciencia vá á revelarse en todas sus diversas manifestaciones, llevando la luz de la civilización y de la verdad á la inteligencia de la juventud estudiosa, para que esta en su día, en posesión de los principios que constituyen la base del edificio científico, pueda con paso firme y seguro recorrer el ancho campo que se ofrece á las investigaciones del espíritu inteligente del hombre, en el cual alcance el lauro de que es digno todo aquel que consigue descubrir una verdad anteriormente ignorada, viniendo así á ensanchar la esfera del conocimiento, y sirviendo á la causa de la civilización que es la misma de la sociedad, cuyo destino es el desenvolvimiento sucesivo é incesante en el sentido del perfeccionamiento.

Profesor de la facultad de Medicina, no podía, llevado de mi amor y entusiasmo á esta ciencia, elegir un tema concreto de ella, por dos razones; la primera por evitar que semejante conducta se atribuyese á una supremacía

que yo quisiera conceder á la Medicina sobre las demás ciencias, y la segunda porqué significando la apertura de curso la inauguracion de la época en que estas tienen su exposicion, parece lógico tratar un punto que sea comun á diferentes séries de conocimientos científicos, lo cual está en perfecta armonía con la íntima correlacion que sabemos existe entre las ciencias que mutuamente se auxilian y completan, viniendo de una manera armónica, por el concurso unánime de todas ellas, á darnos el conocimiento de la verdad primitiva, fundamental y generadora á la vez de toda la série de verdades que constituyen las ciencias.

En la imposibilidad de desenvolver un punto á cuyo esclarecimiento pudieran contribuir todos los ramos que son propios del saber humano, pues el aspirar á tan universal concepto sería por sí solo un verdadero delirio, tanto por mi falta de este conocimiento sintético, como por las proporciones que necesariamente tomaría un trabajo de semejante índole, me ha sido preciso elegir un tema en el cual, y para cuya inteligencia servirán tres grandes brazos que arrancan del árbol de la ciencia, que producen al hombre ópimos y abundantes frutos de felicidad y bienandanza, no tan solo temporal, sinó eterna, cuando se cultivan con el tacto, el conocimiento y la prudencia necesarias.

Hé aquí por qué, me ha parecido oportuno ocuparme en este desaliñado discurso de las *pasiones consideradas respecto á la Religion, á las enfermedades y á las leyes* tema es este á cuyo esclarecimiento contribuyen tres ciencias de la mayor importancia y de una influencia decisiva en el estado social: este tema ofrece la ventaja notable de no ser privativo del dominio de una ciencia en particular, sinó que por el contrario puede ser examinado bajo diversas fases científicas, y es mas, exige para su desenvolvimiento el concurso de las tres ciencias que antes hemos indicado, ó sea la Religion, la Medicina y el Derecho. Si las razones alegadas no fuesen por sí solas bastante á legitimar la importancia y oportunidad del tema propuesto, nos es fácil añadir otras nuevas en comprobacion.

Todo ser, desde el momento primitivo de su existencia, recibe la ley de su destino, y está llamado á desempeñar una mision en el seno de la sociedad. La Providencia, en la infinita multiplicidad de elementos y de medios que encierra en su gérmen, dota á cada uno de los individuos de las aptitudes necesarias al cumplimiento ó desempeño del papel que se le confia en el gran drama social. Quien, consagrándose al rudo ejercicio de las armas derrama su sangre generosamente en los campos de batalla y logra hundir en el polvo la orgullosa frente de un conquistador, que inspirándose en su ambicion y fascinado por los triunfos y los laureles que ciñen las sienes de sus guerreros, pretende uncir á su carro de victoria pueblos y naciones sin número; y entonces su espada, es el rayo de la justicia que hiere de muerte á un fanático miserable, cuyos títulos de gloria están escritos con la sangre de sus hermanos, y su alcázar se asienta sobre cimientos de escombros, ruinas y cadáveres que simbolizan la destruccion, el aniquilamiento, luto y desolacion de gran número de familias.

Si unas veces, la mision del hombre de armas, es combatir contra un enemigo exterior, en otras es pelear y vencer á los enemigos interiores que atentan contra el poder constituido, y á veces contra la sociedad, cuyas bases tratan de conmover, sembrando por do quier el luto, y empujando al cuerpo social al mas espantoso cáos; entonces el guerrero es el ángel tutelar y custodio del estado, de la familia, de la propiedad, de la ley y del derecho; es decir de todo lo mas sagrado, al par que grato al corazon del hombre.

Varones hay que, apartando su vista de la tierra caduca, y elevando su mirada á la region de los cielos; haciendo el sacrificio de su corazon y de sus pasiones; vistiendo el tosco sayal del penitente, y ejerciendo el alto ministerio del sacerdocio, su vida entera es un delicado poema de abnegacion y sacrificio; su corazon inflamado en el amor divino y ardiendo en la llama santa del fuego de la caridad, es una fuente inagotable de consuelo, de proteccion y amparo para la pobre y desvalida humanidad, que rota el áncora de la fé y perdida la brújula de la religion, se agita convulsa en el revuelto mar de las pasiones que la arrebatan, y en su violencia se precipitan en el fondo de un abismo: el ministro del altar es el diestro piloto que, en tan desecha tormenta, se siente capaz de desafiar la furia de los elementos desencadenados y el único que puede sacar á salvo la débil barquilla de la humanidad, perdida irremisiblemente desde el momento en que, abandonando la segura playa de la fé, se lanza á los mares tempestuosos de la incredulidad y de las pasiones, para desembocar en las sombrías regiones del error.

Hombres hay que consagran sus vigiliass al cultivo de la inteligencia y al conocimiento de la verdad en sus diversas manifestaciones; pero estos no deben poner su inteligencia en actividad con el fin esclusivo de alcanzar el áura popular, aspirando á que su nombre se inscriba con caracteres de oro en el templo de la fama, sinó que por el contrario, inspirándose en su mision, han de comprender que su talento, su ciencia y su ilustracion deben ponerse al servicio de la sociedad, porque son los grandes oráculos de que se sirve el Omnipotente para la enunciacion de la verdad, son brillantes destellos de la inteligencia divina que iluminan la mente del hombre científico encargado de encaminar á sus semejantes por la senda del bien.

Si, pues, la mision del hombre científico es la enseñanza de la verdad y el mejoramiento moral y material de la sociedad, preciso es que, estudiando á fondo la organizacion de esta, conociendo los vicios que la caracterizan, se dedique con noble y desinteresado empeño á descubrir un antidoto, un remedio contra los males y miserias que combaten y destruyen la sociedad. Este es el motivo porque consideramos de gran trascendencia ocuparnos del estudio de las pasiones, cuando es una evidencia que la sociedad en que vivimos se vé devorada por ellas; son un cáncer que vá corroiendo lenta y paulatinamente sus entrañas.

Las pasiones han arrancado el órden del seno de la sociedad; han

borrado las nociones del deber, de aquí la falta de respeto al principio de autoridad, la conculcacion de las leyes, la desorganizacion de la familia y tantos males que fuera prolijo enumerar.

Las pasiones, que no están regidas por la razon, hacen dejenerar al hombre y producen en él metamorfosis mucho mas abominables que las que sufrieron los compañeros de Ulises sometidos al maléfico influjo de la famosa Circe.

Las pasiones son el ídolo de la sociedad actual que las ha levantado sus altares en el corazon del hombre, y á las que todo se sacrifica, honor, religion, patria y familia; preciso es tratar de conocer á fondo á este mónstruo mas temible que la Hidra de la fábula, y atacarlo con vigoroso empuje, armados con el escudo de la fé, de la inteligencia y del corazon, con la coraza de la verdad y la espada de la ciencia, para conseguir una victoria completa sobre él, hundiéndole en el polvo del olvido.

Gigantesca es la empresa, noble mi empeño; pero me reconozco débil y demando indulgencia.

¿Qué es el hombre, ese ser misterioso que parece como el coronamiento de la obra grandiosa de la creacion, cuya mirada inteligente intenta penetrar en todos sus secretos; cuyas formas son la expresion mas perfecta de belleza de la materia organizada; que parece ser el rey de los elementos todos del universo; que somete á su poderío la indómita fiereza de los brutos; que se enseñoorea sobre el vasto imperio de los mares; que lanza su atrevido vuelo á las infinitas regiones del espacio, y á quien contemplamos entregado al sacrificio, derramando su sangre generosa y perdiendo su vida por una idea ó por un sentimiento?

Hé aquí la pregunta que la humanidad viene dirigiéndose á sí misma desde la mas remota antigüedad.

La inscripcion del templo de Delfos en la culta Grecia, es una prueba elocuente de que para el hombre ha sido siempre el conocimiento de sí mismo el problema cuya solucion ha buscado, sumergiéndose en un mar profundo de dudas, vacilaciones, errores y contradicciones, cuando la razon sola ha emitido un juicio acerca de la índole, esencia, caracteres y destino de la humanidad.

El genio superior de Pascal nos ha legado frases, que con profunda veneracion, al par que entusiasmo, vamos á trasmitir.

«¿Qué quimera es esa que llaman hombre, pregunta en uno de esos instantes incomprensibles de inspiracion y de duda al mismo tiempo?»

«¿Qué novedad, qué caos, qué texto de eternas contradicciones? Juez de todas las cosas; miserable gusano de la tierra; depositario de la verdad, amasijo de incertidumbres; gloria y oprobio del universo; si se encumbra, yo le postro; si se postra, yo le encumbro, y le contradigo siempre hasta que se penetre de que es un mónstruo incomprensible.»

Cuadro admirable, trazado con tanta verdad como brillantez de colorido que presenta estereotipado á la humanidad con una fidelidad y exactitud que solo podemos comprender á medida que penetramos en su fondo. Con

efecto, así como contemplamos al hombre remontarse á las elevadas esferas de lo sublime, á veces le vemos igualmente revolcarse en el cieno de la abyeccion y del mas degradante envilecimiento.

Parécenos de rigor sentar como base, que el hombre es una combinacion misteriosa y acabada de dos elementos de diversa índole, el uno inmaterial é inmortal, el alma; el otro material, caduco y perecedero, el cuerpo. Este, obra de la mano del Creador, aquel, engendro del hálito divino: estos dos elementos enlazados admirablemente en virtud de una ley de orden superior y de consiguiente desconocida para nosotros, forman el ser racional, constituyen el hombre.

Este, considerado bajo el punto de vista de la Religion, de la Medicina y del Derecho, tiene necesidades á cuya satisfaccion no puede menos de proveer, y deberes que cumplir: así que, está dotado de la razon, que le suministra nociones de los derechos de que se halla investido, y de los deberes que le ligan respecto á Dios, á sus semejantes y á sí mismo.

En sus deberes para con Dios, la religion y la fé encaminan sus pasos; respecto á sí mismo, la moral y la higiene le determinan su línea de conducta, y respecto á las relaciones con sus semejantes, le ilustran la ley y el derecho. Pero la razon, por sí sola, sería como una reina aislada en suntuoso alcázar y sin comunicacion con nada de lo que le rodea: hé aquí por qué el espíritu se ve asistido por los órganos que le ponen en comunicacion con el mundo exterior y son los ejecutores natos de sus concepciones y de su voluntad: hé aquí por qué el autor de la legislacion primitiva define al hombre diciendo, que es una inteligencia servida por órganos, sin que en nuestro sentir haya motivo para rechazar esta definicion, al contemplar las caidas y depravaciones del hombre que parecen negar la realidad de esa inteligencia, de esa recta razon, porque estas deformidades en manera alguna deben atribuirse á la inteligencia, sino al influjo cuasi irresistible á veces de la parte material, que se sobrepone á la inteligencia, usurpándola su imperio; y la prueba de ello es, que nadie ha podido, en medio de los mayores extravíos y prevaricaciones de la humanidad, borrar de su inteligencia las ideas de religion, de moral y de derecho, por mas que estas hayan perdido su influencia en la vida política: luego la inteligencia las siente, las conoce, las vé, por mas que despues no las eleve á la categoría de hecho práctico ante los obstáculos que halla en su realizacion; esto nos probará que la inteligencia es como una reina destronada, pero que el hecho de su ostracismo, no ha podido borrar sus derechos, ni suprimir su existencia.

El hombre, para el moralista, es una inteligencia unida con órganos, un animal dotado de razon y de libre albedrío, y por consiguiente responsable de sus actos, en lo cual se diferencia de los demás animales, y por ello tiene conciencia de sí mismo y se distingue de todos los seres de la creacion.

El filósofo cristiano, considera al hombre, como una inteligencia caída en lucha incesante con la depravacion de las pasiones, lucha formidable y eterna, que se prolonga tanto como la existencia del ser racional, resultado

inmediato de las dos vidas que en él se desenvuelven; la vida del espíritu y la vida de la materia, cada una de estas con sus tendencias contrarias, que producen esos contrastes admirables, esas manifestaciones de grandeza y sublimidad unas veces, y otras de abyección, de miseria y de debilidad, según que prepondere uno ú otro elemento; según el desequilibrio de este sistema de fuerzas frecuentemente opuestas y contrarias entre sí.

La civilización, en medio de las ventajas que proporciona al hombre y á la sociedad, lleva en sí un germen vicioso, inherente á toda institución humana y con sus adelantos y progresos viene á fomentar la lucha del espíritu y la materia excitando las pasiones; por eso, á medida que la civilización avanza, es preciso mayor cuidado, mayor esmero para evitar que las tendencias de la materia, tomen un excesivo desarrollo, invadiendo los dominios del espíritu y rompiendo el equilibrio necesario entre los dos elementos constitutivos del hombre.

En esta lucha, posible es alcanzar el triunfo, aun cuando la palma no se obtiene sino á costa de sacrificios: el camino de la gloria está erizado de escollos y á cada paso surgen obstáculos que parecen insuperables, pero que una voluntad firme y una conciencia verdaderamente ilustrada, pueden dominar. Una educación cabal y completa es el hilo de Ariadna que puede darnos la salida en el gran laberinto de la vida humana; es el único Mentor del hombre; es la que tan solo puede prestarle servicios análogos á los de Virgilio cerca de Dante, á quien conduce sin riesgo á través de las sinuosidades y cavernas del infierno, hasta encaminarlo á la región de la gloria.

Esta educación necesariamente debe abarcar el estudio de las facultades físicas, morales é intelectuales del hombre, y él nos dará las nociones de este ser misterioso; así podremos determinar sus condiciones, señalar su misión, conocer los medios de acción con que cuenta, y nos será posible marcar taxativamente sus derechos, sus deberes, sus necesidades legítimas y la manera de proveer á ellas; pero teniendo presente que este estudio ha de ser simultáneo, sintético, porque limitándonos á un estudio parcial, formaríamos tan solo un conocimiento imperfecto del hombre, no le habremos comprendido en sus diferentes aspectos, no le habremos abarcado en toda la universalidad de su esencia.

La religión, y como su derivación inmediata la moral, en las nociones que nos suministran acerca del espíritu, y que después no hacen más que desarrollar las ciencias filosóficas, psicológicas y la medicina, estudiando los fenómenos y condiciones de la materia orgánica, son las únicas, que marchando de común acuerdo y prestándose auxilio recíprocamente, pueden suministrarnos el conocimiento concreto y sintético del hombre.

La palabra pasión, atendiendo á su etimología, significa un padecimiento, ó por lo menos una sensación que experimentamos en nosotros mismos causada, bien por un agente externo, ó bien por un fenómeno interno. En uno y otro caso, esta sensación viene á afectar, á impresionar ó herir el cerebro, vínculo de comunicación del alma y del cuerpo, y el cerebro á su

vez refleja la sensacion á todas las partes del organismo por un sinnúmero de conductores denominados nérvios.

Tal es en breves términos el fenómeno de la sensacion en su manera de producirse y en su forma de desarrollo.

Todas las afecciones vehementes, todas las pasiones violentas, llevan en sí un principio morboso que debilita el cuerpo y el espíritu, postrándolos y haciéndoles enfermar; así que, las palabras afeccion y pasion se aplican indistintamente á la parte física y á la moral; así observamos que en muchos casos las lesiones orgánicas del corazon son consecuencia de afecciones morales, de padecimientos del espíritu, impresionado de una manera dolorosa, y que trasmite su afeccion á la parte orgánica como resultado inmediato del mútuo enlace, del vínculo que liga estrechamente el espíritu y la materia; y así antiguamente se denominaba pasion histérica, pasion hipocondriaca á ciertas enfermedades que se localizan y afectan los hipocondrios ó el útero respectivamente.

Algunos autores afirman, que estas afecciones, estas sensaciones, reciben el nombre de pasion, porque son elementos esencialmente activos que vienen del exterior, y el ser sobre que obran, no las produce, sino que recibe su influencia; se vé sometido á su imperio, siendo bajo la presion de las mismas un agente exclusivamente pasivo, si es cierta semejante paradoja.

Damos el nombre de pasiones, dice Bugier, á las inclinaciones ó tendencias naturales extremadas, por qué sus movimientos no son voluntarios; el hombre es puramente pasivo cuando las experimenta, y no es activo sino cuando las consiente, ó cuando las reprime.

Los moralistas, aun cuando de acuerdo respecto á la etimología de la palabra, disienten en cuanto á la acepcion, y por lo tanto dan de la misma diversas definiciones.

Zenon, jefe del estoicismo, define la pasion en estos términos: un desórden contranatural del espíritu, que aparta á la razon de su sendero.

Galeno, de acuerdo con las ideas de Hipócrates y de Platon, considera las pasiones como movimientos contranaturales del alma, y las hace emanar todas de un apetito insaciable, añadiendo que colocan al cuerpo en estado de morbosidad.

Descartes las estima como movimientos producidos por los espíritus vitales emanados de la glándula pineal, segun esto, antes residencia del alma, y que agitan de diferentes maneras todas las partes del cuerpo, segun la índole y naturaleza de sus movimientos.

El placer y el dolor son un sistema combinado de fuerzas que mueven el espíritu, el uno con su accion atractiva, el otro con su accion repulsiva: buscamos instintivamente el placer que tratamos de reproducir para sostener las sensaciones agradables, y por el contrario huimos del dolor y de todo aquello que nos afecta de una manera desagradable. Esa atraccion y esa repulsion, se han dado en llamar movimientos del alma; no porque el alma pueda variar de sitio, supuesto que es un ser inmaterial y no puede ocupar un lugar en el espacio, sinó para significar que en su amor ó en su repulsion,

el alma se une, ó se aparta de los objetos que excitan en ella tales afecciones, á semejanza de esas leyes de atraccion y repulsion que observamos en el mundo de la materia. Por estas consideraciones, Bossuet, y con él otros moralistas cristianos, definen las pasiones como movimientos del alma, la cual, tocada por el placer ó el dolor sentido ó imaginado, lo busca ó lo repele.

Gall y Spurzheim, opinan que los términos de afeccion y pasion no deben aplicarse á las facultades primitivas del alma. La afeccion significa las modificaciones que pueden experimentar esas mismas facultades, y pasion el esceso de su actividad. Asi, la afeccion, no seria un modo de esencia, sino de cualidad ó accidente, y la actividad un modo de cantidad.

Algunos moralistas confunden las afecciones y las pasiones: otros han creido reunir en un solo grupo un gran número de extravios habituales y hasta caprichos tan livianos como fugaces; y la mayor parte han asignado esta denominacion de afecciones á los sentimientos, hasta cierto punto pasivos, en que el ser es influido por ellas, pero sin llevarlo á la esfera de accion, como la tristeza, el mal humor, la desidia; y reservando la denominacion de pasiones, para los sentimientos eminentemente activos, que impresionan el ser, le influyen y desarrollan en él una poderosa energía, tales como el amor, el ódio, la ambicion y la ira.

Algunos profesores ilustrados de la ciencia médica afirman, que la predisposicion natural del hombre para ejercitar las facultades de su espíritu, puede producir aficiones muy vivas y vehementes, como la de la pintura, la poesia, la escultura y la música, sin degenerar en pasiones; pero esta opinion está contradicha por la experiencia; y los hechos, son pruebas irrecusables y fehacientes, y ante ellos preciso es bajar la cabeza. Con efecto, pintores, poetas y músicos se han visto arrastrados hácia su arte con una fuerza cuasi irresistible, y ha sido tal el entusiasmo, la pasion que por él han sentido, que ha venido á degenerar en una verdadera monomanía; y asi se refiere de un pintor notable que pintaba un cuadro representando al Redentor pendiente de la Cruz, y en los momentos de exhalar su espíritu: el modelo estaba admirablemente colocado, pero ni su situación, ni su semblante, revelaban el dolor y los sentimientos de un hombre que se halla al borde de la tumba, y entonces el artista, en un momento de arrebató, coje un puñal, hiere mortalmente al modelo, y aprovecha aquellos momentos preciosos de la agonía, para trasladar al lienzo la expresion del dolor y de la ansiedad de un moribundo: dígase á la vista de semejante hecho, si el amor al arte puede ó no degenerar en verdadera pasion.

Segun hemos visto, la falta de inteligencia entre los escritores acerca de la palabra pasion, tiene su origen en la vaguedad de su etimología.

Preciso es para evitar dudas, interpretaciones, y para poner término á tanta confusion, determinar el sentido que deba darse á la voz pasion; de lo contrario subsistirán motivos, para que se afirme ó que las pasiones son buenas, ó que son malas ó que no son buenas ni malas en si, sinó que su condicion depende del uso que de ellas se hace; asi por ejemplo dice Rous-

seau: todas las pasiones son buenas, cuando uno es dueño de ellas, y todas son malas, cuando nos esclavizan.

Para dilucidar convenientemente este punto y dar de las pasiones una definicion atinada, es de rigor esponer algunas consideraciones acerca de la indole, de la naturaleza del hombre.

El hombre, es un ser esencialmente activo, y sus actos son resultado, ó bien de una concepcion propia de su inteligencia, de un juicio formulado por su razon, ó de influencias ó elementos externos de que igualmente se apodera su juicio; y en virtud de un razonamiento, se decide á obrar; pero cualquiera que sea el origen de los actos humanos, el sello que los caracteriza es la racionalidad y la libertad, ó lo que es lo mismo, el juicio y el raciocinio que ha precedido á su ejecucion; porque todo acto externo, es resultado del acto volitivo y la libertad, ó sea la facultad para obrar ó abstenerse de obrar, segun lo juzgue conveniente. El animal, por el contrario, se somete y obedece ciegamente á las leyes de la materia orgánica, y se pone en actividad tan pronto como es movido por una necesidad ó por un deseo; el hombre solo entra en accion, cuando el juicio, sea ó no exacto, (pues esto no es del caso,) le acredita la bondad ó la conveniencia del acto. El apetito y la razon son los dos motores, pero motores que en muchos casos desarrollan fuerzas contrarias y opuestas entre si: por eso hemos sentado anteriormente que el desenvolvimiento del hombre en el espacio y el tiempo, ó sea la vida, no es mas que una lucha tenaz, formidable entre su razon y su instinto ó sus apetitos, ó lo que es lo mismo entre el espíritu y la materia: asi que creemos poder definir las pasiones, en cuanto las consideramos entregadas á sí mismas, é independientes de todo freno, movimientos desordenados del hombre en lucha con la razon, producidos por un agente externo.

Para terminar esta parte de nuestro trabajo, réstanos establecer la distincion que debe existir entre las emociones, los sentimientos, las afecciones, las virtudes, los vicios y las pasiones.

Las emociones, son un fenómeno de nuestra sensibilidad, excitada mas ó menos profundamente por causas exteriores, y son de dos órdenes segun que producen ó el dolor ó el placer: su energía, la manera de obrar sobre la sensibilidad, es tan intensa que causa perturbaciones, lesiones en el organismo, degenerando por la repeticion de actos en pasiones verdaderamente tales.

Las sensaciones, sentimientos, percepciones significan impresiones, maneras diversas de apreciar el ser sensible y racional, con la diferencia de que la sensacion afecta puramente los sentidos, el sentimiento toca en el corazon, y la percepcion afecta la inteligencia. Estos fenómenos producen siempre alteraciones en el sistema nervioso, ya excitando el placer, ya produciendo el dolor, y son los primeros elementos constitutivos de las pasiones.

La afeccion expresa una modificacion especial del sentimiento, un modo cualquiera de afectacion; la afeccion engendra una moderada actividad, pero es susceptible de diferentes grados hasta llegar á la pasion.

El vicio no es mas que la degradacion de nuestros sentimientos, y la virtud su perfeccion.

Hemos establecido los precedentes necesarios; hemos sentado las bases generales; hemos trazado el plano para el levantamiento del edificio, el descender á pormenores, el consignar detalles, es impropio de la índole de este trabajo, y solo contribuiria á comunicarle unas proporciones que no debe tener bajo concepto alguno, supuesto que nuestro intento ha sido tan solo dar una rápida ojeada sobre las pasiones, y considerar á estas respecto á las creencias, á las enfermedades y á las leyes. Expuesta la primera parte, réstanos para completar la obra ocuparnos de la segunda.

Abrid la historia, ese gran libro en que se halla escrita la vida de la humanidad, ¿y qué os dice? ¿qué revela? ¿qué hechos consigna en sus páginas? ¿son estas en su mayoría páginas de gloria, ó por el contrario un borron de ignominia para la humanidad?

La voz severa de la historia, proclama á la humanidad como vencedora de sí misma y exornada con todos los atributos de la rectitud, la virilidad, la fortaleza, la justicia, ó por el contrario, lanza contra ella un anatema de reprobacion, declarándola culpable y autora de todo género de extravíos. Cual nuevo Diógenes busquemos al hombre á través de los siglos, remontrándonos á sus orígenes y quizá no le descubramos; de tal manera, en ocasiones, sus hechos le desnaturalizan.

El padre de la humanidad, desconociendo los favores que le dispensara el Supremo Hacedor, y no contento con ser el rey de la creacion que por doquier le tributaba un rendido homenaje de respeto y obediencia, siente levantar en su pecho la pasion del orgullo y en su loca ambicion aspira á igualarse con la Divinidad, no vacilando, á penas, á trueque de conseguir su propósito, quebrantar el único precepto que el Omnipotente le habia impuesto como tributo de vasallaje y sumision. Hé aquí el primer crimen del hombre; hé aquí el primer grito de rebelion lanzado por el hombre primitivo en aquel paraíso en que plugo al autor de la creacion colocar á los progenitores de la humanidad.

Poco despues, el sentimiento de la envidia, arma por vez primera la mano de un fraticida, y la sangre del inocente Abel enrojece la tierra.

Las abominaciones del hombre atraen sobre su cabeza la cólera divina, y la humanidad entera á excepcion del justo Noé y su familia, perece en el gran cataclismo del diluvio.

El fuego del cielo devora en la Palestina, en la época de Abraham, las ciudades de Sodoma, Gomorra, Adama, Seboin y Segor para castigar y poner límite á los excesos y liviandades á que aquellos pueblos se entregaron.

La humanidad, envuelta en las tinieblas del paganismo, nos ofrece el cuadro mas repugnante y desconsolador, poniendo de relieve sus torpes condiciones y demostrando su naturaleza viciada, cuando no la guía la antorcha de la fé, y no es ilustrada por la luz brillante y civilizadora del Cristianismo.

Examinemos en la sociedad pagana su religion, sus leyes, sus institu-

ciones políticas, la organización de la familia, sus espectáculos, y todo ello nos revela claramente la deformidad de que es susceptible la inteligencia humana, los errores monstruosos á que se entrega, los vicios capitales de que adolece.

El politeísmo es la religion de la sociedad pagana: sus dioses múltiples, tienen los mismos vicios que el hombre mortal; las mismas pasiones que á este le agitan, conmueven á aquellos; las miserias todas del hombre son la lepra de las dignidades paganas. La humanidad, en su delirio, llega á elevar altares al vicio; las pasiones mas vergonzosas reciben homenaje y adoracion; no hay pasion, por degradante que sea, que no tenga una divinidad, su personificacion y amparo. Vénus es el símbolo del amor y de los placeres sensuales, en su honor se levantan templos en la isla de Chipre, Pafos y en Roma. El mismo Júpiter, el padre de los dioses, se vé dominado por la lascivia; bajo la forma de lluvia de oro seduce á Danál, á Ledabajo la de Cisne, y convertido en toro roba á Europa. Mercurio es el protector del robo y la rapiña. La embriaguez recibe su culto en el dios Baco, y pueblan el Olimpo divinidades, que bien podemos llamar fútiles, como Momo dios de la risa y Morfeo, dios del sueño; así no es de estrañar que el génio chispeante y atrevido de Juvenal se burle en estos términos de los dioses. ¡Dichosas gentes á quienes les nacen los dioses en los huertos!

Las leyes, en la sociedad pagana, no son la expresion de la justicia encaminada á promover la felicidad general, el bienestar social, sinó que siempre son dadas en beneficio de una casta, de una clase, constituyendo en sí mismas escepciones singulares, beneficios de ley, verdaderos privilegios. Hay clases sociales en el paganismo que están excluidas de la accion protectora de la ley; clases que soportan todo lo grave de los deberes, de las obligaciones, sin gozar de la justa compensacion de los derechos.

Nunca, Roma, gozó de verdadera libertad. La República y el Imperio fueron las dos formas mas constantes y permanentes de su organizacion política; pero bajo el régimen republicano sufrió la tiranía de la dictadura, durante la cual, se ejercía la arbitrariedad mas espantosa, supuesto que su poder era superior á las leyes; y posteriormente, el Imperio, no fué mas que la consagracion de la dictadura perpétua; y si los Césares eran ó no arbitrarios, bastará para ello considerar el hecho de haber Neron entregado á Roma, á las llamas, por el simple al par que feroz placer de contemplar á la Señora del mundo convertida en una inmensa hoguera.

La familia, en la sociedad romana no se basa en los sentimientos tiernos del corazon, sinó que es un conjunto monstruoso de individuos ligados entre sí por el fuerte vínculo de la ley: el padre es el jefe de la sociedad doméstica, pero revestido de un poder tiránico y absoluto que se estiende á su mujer, á sus hijos y á sus esclavos. La mujer, es una cosa, que entra en el dominio del marido, pero sin derechos, sin significacion, sin representacion, sin influencia en la organizacion de la familia. El hijo, se asimila al esclavo; el padre tiene el derecho de exposicion, y hasta la

época del emperador Constantino, podía venderle y aun matarle; si bien este príncipe benigno templó el rigor de la antigua ley, limitando el derecho del padre á la facultad de vender á su hijo recién nacido y sanguinolento en el caso de extrema necesidad.

Inútil es que nos ocupemos del esclavo: la sociedad pagana le habia arrebatado la personalidad, y desconociendo la naturaleza, le habia reducido á la condicion de cosa: los mismos derechos que otorgan respecto á las cosas, esos mismos derechos tenía el Señor respecto al esclavo.

El circo romano es el testimonio mas elocuente de las tendencias repugnantes y sanguinarias del hombre abandonado á su natural instinto; allí, la sangre, el dolor y la muerte, sirven de fruicion que recrea al pueblo que figuraba al frente de la civilizacion y que regía los destinos del mundo. Los prisioneros hechos en la guerra, los esclavos y los gladiadores, luchaban en pugilato á muerte, y era tal el lujo de barbarie é inhumanidad que se obligaba á las víctimas á presentar al pié de las gradas del trono de los Césares, el holocausto de su vida con aquella fórmula sombría y terrible que nos ha legado la historia; *César morituri te salutant*.

Hé aquí ese pueblo gigante cual no otro, sus armas victoriosas constituyeron el mas vasto imperio del mundo; sus adelantos en las ciencias y en las artes excitan hoy dia nuestra admiracion; sus instituciones todas respiran la gravedad mas augusta; pero en medio de tanto fausto, de tanto brillo, de tanto esplendor, de tanta grandeza, descubre la miseria, la debilidad, las torpes tendencias de la naturaleza corrompida del hombre, que no tienen en aquella nacion un límite, un contrapeso, un freno que le contenga, evitando sus explosiones: de ahí el carácter duro, violento y sanguinario del pueblo romano, segun hemos tenido ocasion de observar, debido todo ello á la nulidad de una religion de farsa que deificaba los vicios y las pasiones. Posteriormente, cuando la luz del Evangelio disipó las tinieblas del paganismo, y con su divina enseñanza ilustró á los pueblos en las verdaderas nociones de la moral, de la justicia, de la autoridad, de la obediencia, echando los cimientos sólidos y legítimos sobre que deben descansar las bases de la constitucion y organizacion de los pueblos, todos los disturbios, todos los sacudimientos, todas las conmociones que ha experimentado Europa, arrancan del hecho de haberse separado los pueblos y los gobiernos de la doctrina de la mansedumbre, de paz, de concordia, de dulce uncion, enseñada á la humanidad por el Hijo del Eterno.

La reforma, nacida en Alemania, que ha hecho correr torrentes de sangre que han inundado á Europa, tuvo su origen en el orgullo, la ambicion y la concupiscencia; es decir en el desenfreno de las pasiones: y Lutero, Calvino, Enrique Octavo de Inglaterra, son personajes fatídicos, que encendiendo con la chispa eléctrica de su palabra, de su autoridad en el corazon del hombre las materias explosivas acumuladas por la perversidad de sus tendencias, han convertido á Europa en inmensa hoguera, cuyo incendio no ha podido apagarse, y cuyas cenizas aun calientes, lanzan chispas que amenazan nuevas devastaciones.

El gran cataclismo de que fué víctima la nacion vecina en el célebre noventa y tres, es otra gran prueba histórica de la influencia de las pasiones y de los desastrosos efectos que producen; y en este gran suceso ¿qué acontece? que un monarca virtuoso, aunque débil, perece en la guillotina; la nobleza cae bajo la cuchilla del verdugo; el terror funciona como elemento de gobierno; los hombres de la convencion, parece que se proponen disolver al pueblo en un lago de sangre; proclámase la independenciam de la razon; y al culto del crucificado, le reemplaza el de aquella, personificada en una innoble meretriz, que recibe las adoraciones de aquel pueblo ébrio, desenfrenado, que abandonó los senderos de la verdad y corría desesperadamente por los vastos senderos del engaño, sin luz, sin norte, sin paraje seguro donde dirigir sus pasos.

No hay que dudar un momento: la historia, con sus elocuentes hechos con la esperiencia que estos deben suministrarnos, y el conocimiento de la índole depravada del hombre, exigen que este viva bajo una influencia poderosa, enérgica, capaz por sí de enfrenar en él, esos extravíos, esos escesos á que se entrega, causándole heridas de muerte.

La influencia poderosa, ese sentimiento cristiano, es la Religion católica; su doctrina, emanacion inmediata de la verdad increada, es un dulce bálsamo para el corazon del hombre, el único que puede cicatrizar las llagas que en su pecho abren las pasiones. Sus enseñanzas sobre la caridad son una fuente inagotable de ventura y de consuelo; el gran dogma de la fraternidad universal, es un vínculo suave que liga á la humanidad entera con los dulces lazos del amor, del cariño y de la benevolencia; así la comunicacion de los hombres es sencilla, fácilmente se comprende, fácilmente llegan á una inteligencia, y si algun obstáculo se suscita, sin dificultad se allana; porque la caridad todo lo soporta, es tranquila, no se irrita, no se exaspera; antes al contrario, todo lo temple, todo lo penetra, de una uncion delicada y sin esfuerzo alguno realiza su mision de paz y de conciliacion.

La doctrina del crucificado enseña á los imperantes que ellos son padres de los pueblos, y en este sentido les impone los rigurosos, al par que gratos deberes que el padre ha de cumplir para con su hijo, desvelándose, sacrificándose, si necesario fuere, por su felicidad y bienestar; á su vez á los pueblos les inculca la obediencia y la sumision á las autoridades, y sobre todo el gran principio de la inmortalidad del alma en la existencia de la vida futura, son motivos bastantes para que el hombre, arrojado en los brazos de la fé, y descansando en el regazo de la religion, atraviase con planta segura, este desierto de la vida humana, sin que las pasiones levanten en su pecho tormentas borrascosas; porque todo para él es deleznable, perecedero, fugaz, comparado con la eternidad de la vida del espíritu, y con la palma de la victoria que ha de ostentar en su mano, debido al triunfo sobre sus pasiones. Si la religion es el gran freno para contener al hombre en sus extravíos, fácilmente se concibe que las pasiones le hayan declarado una guerra á muerte; asi como tambien es consiguiente, que estas

han de hacer perder á aquellas su influencia. Con efecto, el hombre entregado á una pasion y víctima de ella, corre anhelante por sacrificar su vida en aras de aquella deidad que le esclaviza: la conciencia y la religion, son dos jueces terribles que se alzan á su vista para lanzar sobre él una sentencia reprobatoria; asi que procura alejarlas de sí, y sus oidos no escuchan los consejos de la verdad. Es una ley histórica constante; un pueblo sóbrio, templado, amante de la justicia, celoso de su independencia, conserva puro en su corazon el sentimieto religioso; por el contrario, el pueblo dado á la molicie, á los placeres, enervada su virilidad, perdido el amor de la pátria, mira con desprecio las ideas religiosas y su corazon está completamente muerto para la fé.

Ya hemos visto la influencia de las pasiones en las creencias religiosas ó los resultados de ellas sin el freno de la moral; ahora, examinaremos las que producen en la naturaleza orgánica del hombre.

Devastadora es en extremo la accion de las pasiones sobre la economía humana, y la agitacion en que obliga á entrar á las fuerzas vitales, produce una perturbacion radical y profunda en la manera de ser de las mismas, viciando su naturaleza y destruyéndola rápidamente hasta producir una completa consuncion. Si fuese posible abarcar con una sola mirada el cuadro de males que acarrearán las pasiones, es seguro que retrocederíamos espantados á su vista; tan maléfica es su influencia, tan deletéreos son los elementos que en su gérmen encierra.

Una série infinita de afecciones morbosas que atribuimos á causas puramente naturales, son por desgracia resultado funesto de la exacerbacion de las pasiones. Estas, segun su naturaleza, pueden determinar, y determinan con demasiada frecuencia, múltiples trastornos en las funciones de la vida de relacion, y por reflexion se irradian á los principales instrumentos de la vida orgánica. Asi pues, si consideramos la variedad incalculable de fenómenos morbosos que radican en el eje cerebro-raquideo, en las expansiones nerviosas y en las que dependen del gran simpático, ó nérvio trisplánico, como son las neuralgias ó lesiones de sensibilidad, horribles dolencias que mortifican incesantemente al individuo, víctima de ellas; las neurosis que por la perturbacion que introducen en el organismo, producen lesiones complejas que comprometen con frecuencia la vida; las enagenaciones mentales ó vesanías, en sus diversas formas, haciendo decaer al hombre de la grandeza y magestad que le comunican su complicado mecanismo y la marcha regular y ordenada de sus funciones hasta reducirle á la condicion de un ser miserable, que á veces excita la compasion, y á veces, por sus tendencias monstruosas produce la aversion mas profunda; todos estos males; todas estas dolencias resultado inmediato son de la accion disolvente de las pasiones.

Los vicios, que no son mas que el ropaje que envuelve la pasion; el medio de la manifestacion de la misma; la forma concreta que aquella adopta en la infinita variedad de caracteres y determinaciones con que se ostentan los elementos deletéreos, miasmas putridos que llevan en sí un principio

contagioso de morbosidad, que comunica á cuanto se pone en contacto y en relacion inmediata con ellas.

Semejante á deshecha tormenta en que la furia de los elementos arranca de raiz árboles seculares, y destruye los campos y las mieses; ó cual ardiente lava de volcan en ignicion que abrasa el terreno que recorre el betun candente lanzado de su seno, los vicios, do quiera que fijan su planta inmunda, dejan impresa la huella del dolor, del aniquilamiento, de la postracion y de la muerte.

El ser que se entrega al abominable culto de las pasiones, siente debilitarse sus fuerzas vitales, un fuego interior devora sus entrañas, y padece horriblemente á semejanza de lo que sufrió el famoso Hércules al cubrir su cuerpo con la túnica de Deyamira.

La pasion herótica, que apagando en el hombre la vida del espíritu, le convierte en un miserable esclavo de los placeres de la mas brutal sensualidad, es uno de los vicios que acarrea consigo los mas funestos resultados: la postracion de las fuerzas del organismo, la pérdida de la memoria y de todas las facultades intelectuales y por último el idiotismo ó la imbecilidad.

En la mujer, cuya sensibilidad es mucho mas esquisita, puede por efecto de esta pasion pasar de un estado nervioso denominado histerismo, hasta la perturbacion cerebral mas profunda, conocida con el nombre de ninfomanía; y entonces la mujer, el ser mas bello de la creacion, el ídolo encargado de atesorar en su corazon el tributo de amor y respeto que le rinde el hombre por una ley misteriosa de la naturaleza; la mujer, cuya mision es cubrir de flores el áspero sendero de la vida para endulzar las penas y sinsabores del hombre; la mujer, centro adonde este tiende con una fuerza irresistible y que es el término de todas sus esperanzas, de todas sus ilusiones, de todos sus deseos, cuando se entrega con desenfreno al goce de las pasiones sensuales, hasta llega á ser víctima de la afeccion morbosa que antes hemos indicado; se convierte en una especie de fúria abominable, de espectro horrendo, de vision espantosa, de la cual huímos con pavor.

La embriaguez, es la causa mas comun de dolencias, que insinuándose por alteraciones en las funciones orgánicas, llegan á ser el gérmen de las lesiones mas profundas en los principales instrumentos de la economía, y fijándose en los elementos constitutivos de dicha organizacion (vasos y nervios), dá lugar á múltiples trastornos que reciben el nombre de alcoholismo. Entre estos trastornos, figuran las lesiones tróficas, el *delirium tremens* y un gran número de perturbaciones de la inteligencia.

La embriaguez, eclipsando en el hombre la luz vivísima que despide el faro de su inteligencia racional, le degrada y envilece hasta el punto de hacer de él un objeto miserable, motivo de ludíbrio y de risa, cuando no le convierte en un instrumento de los mas horrendos crímenes que conmueven la sociedad.

Inútil es que recorramos la escala de todas las pasiones, y que tratemos de determinar los caracteres propios de cada una de ellas: si

queremos conocerlas á fondo; si pretendemos ver, tocar sus funestos resultados, penetrémos en los manicómios y en los hospitales, esos asilos del dolor y de la muerte, y allí podremos contemplar á la humanidad oprimida bajo el imponderable peso de las pasiones.

Allí tendremos ocasion de ver á la juventud postrada en el lecho del dolor sufriendo horribles tormentos, destituida de toda la brillantez y encanto que acompañan á la aurora de la vida; allí podremos ver un número infinito de seres que apenas han dado sus primeros pasos en el vasto sendero de este mundo, cuando impulsados por las pasiones, han caído en un profundo abismo. Delicados botones que apenas entreabrian las hojas para embalsamar con su suave aroma las áuras de la vida, cuando el récio huracan de las pasiones, rompiendo su tallo, las arrebató por la region del viento, para arrastrarlas poco despues por el polvo en confuso remolino.

Examinadas las pasiones bajo el punto de vista religioso y bajo el de la higiene, incúmbenos considerarlas relativamente á las leyes.

La sociedad, *coetus hominum jure sociatus*, como la define Ciceron, compuesta de individuos ligados por el derecho, es el estado propio del hombre que es sociable por naturaleza, y solo en la sociedad, y en medio de la sociedad puede realizar su destino. Pero la sociedad no es una aglomeracion informe de familias, sin lazo de unidad que las ligue estrechamente, y que adunándo sus esfuerzos los dirija á un fin comun; sinó que por el contrario, es un conjunto armónico, cuyas partes todas, están en mútua correspondencia, cada una de ellas, con un destino peculiar suyo y todas convergiéndo á un centro comun. El principio en virtud del cual se concentran todos los esfuerzos individuales para producir la accion social, es la autoridad; así que podemos definirla: *elemento esencial á la organizacion de la sociedad, cuya mision es mantener el equilibrio de las fuerzas sociales, y reunir á todas ellas en un esfuerzo comun para sostener la unidad de accion dirigida tambien á la realizacion del bien comun.*

La fórmula de reduccion de la accion individual á la accion social, constituye el derecho, que en su nocion rudimentaria indica todo lo que vá conforme á la naturaleza sociable del hombre, y desenvolviendo esta idea primitiva del derecho, podemos definirle: *conjunto de preceptos y obligaciones, emanados de la ley natural, impuesta á todos los individuos de la asociacion política de un modo eficaz.*

La realizacion del derecho, engendra el órden, elemento indispensable para la existencia del cuerpo social: el órden, es el resultado de la marcha uniforme, del movimiento regular de las fuerzas sociales, del perfecto equilibrio entre ellas, de la precisa ecuacion de fines y medios en conformidad con la ley natural.

Si la ley moral, por sí sola, y por su influjo en la conciencia, fuera capaz de obligar al hombre constituido en sociedad al cumplimiento de todos sus deberes, inútil sería la existencia de la ley positiva; pero como desgraciadamente, el ser racional y consciente, desnaturalizándose en muchas oca-

siones, sacude el suave freno de la moral y de la conciencia, y cierra sus oídos á la voz del deber, de aquí la necesidad de una fuerza que le compele exteriormente á la observancia de sus obligaciones. ¡Hé aquí la necesidad de la autoridad!; ¡hé aquí la necesidad de sus manifestaciones de una manera expresa!; las leyes.

La vida social, no es mas que el juego armónico de los derechos y de los deberes de los asociados entre sí; cuando uno de estos, estralimitándose del círculo de sus derechos, viene á invadir por un acto el derecho de otro, ó á impedirle el ejercicio del mismo, nace un conflicto, nace una perturbacion que engendra el desórden; en tal caso, la autoridad apoyada en la ley interviene para terminar el conflicto, restableciendo el derecho, haciendo renacer el órden.

Estas perturbaciones del órden social, pueden ser mas ó menos profundas desde el simple hurto, en que el valor de la cosa hurtada por su insignificancia apenas es susceptible de apreciacion, hasta aquellos delitos que por su enormidad y trascendencia conmueven las bases sociales, hay una escala inmensa y una diferencia notabilísima; pero todas las perturbaciones del órden social, en un grado mayor ó menor, reconocen como origen, reconocen como principio, una misma causa, la exageracion de las pasiones.

Sin género ninguno de duda, las pasiones son las que engendran la criminalidad; examinémos el código penal; veamos en él las diferentes clases de delitos, bien contra las personas, bien contra las cosas; y si las analizamos en su origen, en las causas que las han motivado, nos convenceremos plénamente de que son resultado inmediato de la existencia y del desenfreno de las pasiones.

El hombre, cuya línea de conducta, no es otra que satisfacer todos sus deseos, todos sus caprichos, todas las exigencias de sus pasiones desenfrenadas, no vacila, rompiendo el círculo de sus derechos, en invadir los de sus conciudadanos; porque son para él una traba, una cortapisa, un límite que coharta su libertad y la satisfaccion de sus deseos; atento tan solo á la realizacion de sus propósitos, no repara en los medios que le han de llevar al fin que se propone; con tal que lo consiga, todos son aceptables, todos son admisibles, cualquiera que sea su carácter, cualquiera que sea su naturaleza; y como se comprende desde luego, á la realizacion de ciertos hechos, se oponen obstáculos insuperables, dificultades invencibles, que caminando por la senda de la religion, de la moral y del derecho, es imposible remover, y es preciso para llegar al término, valerse de medios violentos, de medios inícuos, que la moral, la religion y derecho, reprueban de consuno.

Cuando la conciencia se apaga en el hombre, y la voluntad pierde su energía; cuando las ideas de moral y de derecho se han convertido en fantasmas imaginarios, encargados tan solo de turbar sus ensueños de felicidad; cuando al império de la razon sustituye el de las pasiones, temed al hombre, es mas terrible que las fieras de los bosques; al menos estas,

se hallan sometidas á la ley de su naturaleza, que acatan arrastradas por su instinto; pero el hombre que bebe sus inspiraciones en sus sentimientos de libertad, y que cuenta además con los elementos que le suministra su racionalidad, reúne á la fiera de los brutos, la sagacidad, la astucia, el refinamiento de la perversion, y sinó observarlo; ¿qué ser hay en la escala de la creacion que atente contra su existencia si no el hombre? El suicidio, ese crimen horrendo que hoy contemplamos repetirse con una frecuencia que espanta, no le lleva á cabo ninguno de los seres de la escala zoológica á escepcion del hombre; el hombre es el único que atenta contra su vida; el hombre es el único que contrariando á la ley universal del instinto, de la conservacion; impotente, débil para soportar el peso del infortunio, intenta poner un límite á sus desgracias, cortando el hilo de su efímera existencia.

La maternidad, que lleva consigo el amor á la próle, haciendo que esta sea objeto de desvelos sin cuento de los mas esquisitos cuidados, ¿no es otra de las leyes universales de la naturaleza, con la cual cumplen estrictamente todos los séres de la creacion á escepcion del animal mas perfecto de ella?

¿Qué hembra observamos que atente contra la vida de sus hijos?; y sin embargo, la mujer que considera empañado su honor por haber doblado su cerviz al yugo de las pasiones, y á quien la naturaleza proclama con el dulce nombre de madre, ahoga en su gérmen al hijo de sus entrañas para tratar de poner á cubierto su honra sacrificando á un inocente, fruto de su voluptuosidad y disipacion.

Las pasiones, como el genio fatídico del mal, llevan en su mano la téa de la discordia que, agitada con violencia, despide chispas centelleantes que van á prender en el corazon del hombre, para estallar mas tarde con violencia, y, cuyas llamas devóran sin piedad, á los individuos, á los pueblos y á las naciones. Los siniestros fulgores del incendio alumbran el mas espantoso cuadro de la desolacion y de la muerte: sus rojas luces reflejan siniestramente en el puñal del asesino, que agujoneado por las fúrias de la venganza y del ódio, se arroja sediento de sangre sobre su víctima inocente que sucumbe sacrificada á su violento furor. ¡Pero, no retrocedamos ante este espantoso caos y lleguemos hasta el fondo si nos sentimos con fuerzas bastantes para encontrarle!; ¡veámos todos los horrores que encierra!; ¡presenciémos todas las escenas de luto y desolacion que nos ofrece!

Cándidas juvenes, hermosas cual radiante Febo al remontar con su carro de oro por la bóveda celeste; puras como los ensueños de un angel movido por las áuras de la gloria; desordenada su rica cabellera; rotas sus blancas vestiduras; sumidas y anegadas en eterno llanto, comtemplan su corona de albas rosas, símbolo de su virginidad, arrancada de sus frentes por la dura y desapiadada mano de la lascivia, que corrompe y destruye todo cuanto encuentra con su hálito ponzoñoso.

La avaricia, deslumbrada por el brillo fascinador de las riquezas, pálida de asombro ante los atractivos del fáusto y de la ostentacion, no vacila en penetrar en los suntuosos alcázares, moradas del placer, para

arrebatar de allí sus tesoros, sinó que tambien osa llevar su mano impía á una modesta fortuna, creada con la laboriosidad y las privaciones; á trueque de apagar su sed insaciable de oro, no duda en sumir en la indigencia á honradas familias que vivian con los mezquinos productos de un exiguo capital, adquirido con el sudor de su frente y con una inexorable rigidez en sus costumbres.

Tal se ostenta la criminalidad, que hemos presentado en sus rasgos mas aterradores, y de la que hemos hecho un bosquejo á grandes pinceladas. Sin descender á pormenores; sin especificar los delitos, tal como los determina nuestra legislacion penal, habremos comprendido la accion funesta y devastadora de los crímenes en el cuerpo social, crímenes hijos todos de la existencia de las pasiones, faltas del freno de la religion, de la medicina y de las leyes.

Como se habrá podido comprender, al desarrollar en este efímero trabajo el tema de las pasiones relativamente á la religion, á la medicina y al derecho, nunca entró en mi ánimo dar una completa idea de ellas; esto exigiría una suma de ilustracion de que yo carezco y un tiempo del cual tampoco puedo disponer.

Ignoro si, en el desempeño de mi cometido, habré tenido el acierto y la oportunidad que la importancia del tema propuesto y las dificultades que en su desarrollo surgen á cada paso, hacen necesarias; pero mi objeto, al promover esta cuestion, no ha sido otro que el esfuerzo generoso para prestar un servicio á la sociedad, al contemplar á esta empobrecida, aniquilada bajo el influjo deletéreo de las pasiones, y escitar el celo de los hombres consagrados á la religion, á la medicina y al derecho, para que estos, adunando sus esfuerzos en las meditaciones de su estudio, penetren en toda la gravedad del mal que nos aqueja, y procuren ponerle un remedio, un correctivo.

Este fin creo haberle alcanzado, y por tanto, mi alma experimenta la dulce satisfaccion que lleva consigo el cumplimiento del deber.

Antes de terminar, é impulsado por los deseos de mi corazon, dirigiré mi voz á la juventud estudiosa que concurre á este centro universitario; voz que no dudo resonará de una manera grata en vuestros oidos; voz, cuyos acentos deben seros tan simpáticos como son dulces y queridos los consejos de la amistad; como son respetables las indicaciones del magisterio; como son solemnes las amonestaciones de la experiencia: sí, al consagraros este recuerdo, no debeis ver mas en él que el cariño acendrado que os profeso, y que me hace anhelar vuestra felicidad como el padre desea la ventura de sus hijos; hijos sois de la ciencia, y la ciencia se os comunica por el oráculo del magisterio.

Áspero y rudo es el camino que conduce al templo del saber y de la ilustracion, pero no importa; vuestros esfuerzos generosos, no dudo sabrán sobrepujarle: yo os animo, pues, á que sigais con paso firme y seguro el sendero que habeis emprendido, para que en un dia no lejano alcanceis el láuro digno de vuestros trabajos y sufrimientos; pero no aspi-

reis á un triunfo efímero, no, aspirad á que vuestra victoria en esta lucha sea completa, brillante, señalada en sumo grado; y para ello, preciso es que vuestra educacion científica sea perfecta; que vuestros conocimientos sean sólidos; que os poseioneis de la esencia de la ilustracion científica y no os contenteis con una ciencia superficial y vana, que tan solo engendra la pedantería.

Considerad vuestra mision: en un dia no lejano, los destinos de la sociedad estarán en vuestras manos. Los unos, sereis los encargados de llevar el consuelo y el alivio á la humanidad doliente; los otros velareis por los elevados intereses espirituales y de la conciencia, y no pocos habreis de dirimir las contiendas legales, apreciando su valor en la balanza de la justicia, y vuestro brazo, tendrá que esgrimir su espada inexorable para castigar los crímenes; hombres de estado en fin, vuestros hombros tendrán que soportar el grave y tremendo peso que lleva consigo la gobernacion de un pueblo. Ya veis si el desempeño de funciones tan altas, de cargas tan espinosas y delicadas, exigen una profunda ilustracion, y si para proceder con acierto será ó no indispensable hallarse en posesion de la ciencia.

Mas la ciencia, por sí sola, no le basta al hombre que ha de ejercer un cargo público para cumplir su mision con todas las condiciones necesarias; á mas de la ciencia, necesita principalmente de moralidad.

Si; su corazon, preciso es que se nutra y fortifique en los severos principios de la justicia y de la mas pura incorruptibilidad. La sociedad degenerada, dirigirá contra él sus tiros, le tenderá lazos, le preparará emboscadas y de estos peligros, no podrá salir ileso si no se inspira en los principios inexorables de la moralidad y de la justicia: preciso es que cual roca que se levanta formidable en los vastos desiertos del Occéano, y cuya base tratan de conmover las agitadas olas que se estrellan en su inmensa mole con horrísono estruendo, resista el embate de la inmoralidad y de la depravacion; de lo contrario, se convertirá en instrumento de las debilidades humanas y vendrá á ser, al fin, el juguete miserable del génio del mal.

Ciencia y moralidad, sean siempre el mote de vuestro escudo; con él podreis reñir y triunfar, en la eterna batalla que, desde el principio del mundo, vienen librando entre sí, la ignorancia y la perversidad, la virtud y la ciencia.—HE DICHO.